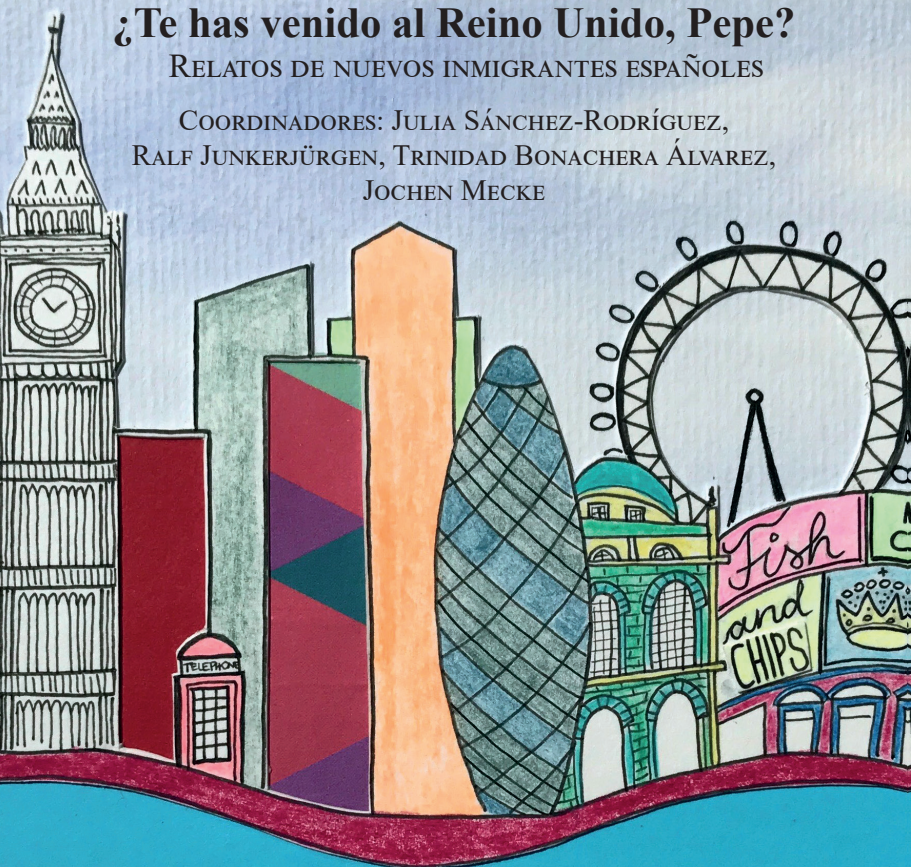


¿Te has venido al Reino Unido, Pepe?

RELATOS DE NUEVOS INMIGRANTES ESPAÑOLES

COORDINADORES: JULIA SÁNCHEZ-RODRÍGUEZ,
RALF JUNKERJÜRGEN, TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ,
JOCHEN MECKE



COLECCIÓN: MÁQUINA DE LAS PALABRAS

¿Te has venido al Reino Unido, Pepe?

RELATOS DE NUEVOS INMIGRANTES ESPAÑOLES

COORDINADORES: JULIA SÁNCHEZ-RODRÍGUEZ, RALF JUNKERJÜRGEN,
TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ, JOCHEN MECKE

ILUSTRACIONES: RITA RUIZ

GUADALUPE TINOCO ALDANA • ALICIA DÍAZ GIL • MERITXELL MÉNDEZ

EVA MELISA SALAZAR SERRANO • ELENA OTEROS SALIDO • CLARA SÁNCHEZ-REBATO VALIENTE

• JUAN RAMÓN GERAS • ALBA MARRERO DÍAZ • MARÍA JOSÉ GARCÍA ESTEFANE • CRISTINA

GARCÍA DÍAZ • PILAR MARTÍN DEL VALLE • JAVIER FERNÁNDEZ GAITÁN • INÉS L. LÓPEZ-DORIGA

• ANA MILLÁN • VERÓNICA LÓPEZ-GONZÁLEZ • MARÍA A. MORENO MORATO • MANUEL JARQUE

CASABÓN • CARLA CAMINO • CRISTINA GONZÁLEZ SAINZ • ÁNGEL BENITO • MAR MALDONADO

GARCÍA • ALEXANDRA BOIX MARTÍNEZ • NAÚFRAGO EN LA LUNA

COLECCIÓN: MÁQUINA DE LAS PALABRAS



Bristol

Bristol tiene un color especial

Guadalupe Tinoco Aldana

Mañana será otro día

No quería irme. Hacía poco más de un año desde que volví de mi Erasmus en Francia y no estaba preparada para volver a sumergirme en esa lenta y silenciosa infelicidad que me envolvió entonces. Y es que la mía, al contrario que las de todos los demás, no fue una Erasmus feliz. Algo que no cuadraba muy bien conmigo, a decir verdad, ya que no era la primera vez que había pasado tiempo fuera de casa y cuando me fui estaba llena de ganas e ilusiones. Quizás ahí estuviera mi error, que no tenía miedo, pero sí unas expectativas muy altas. Así que no, no quería alejarme del confort y la seguridad que mi entorno, mi familia, había empezado poco a poco a restaurar.

Sin embargo, tampoco me dirigía a ningún lugar. En Sevilla era como un barco de vela en mitad de un lago, sin corriente que lo lleve ni viento que lo empuje. Y después de toda una vida estudiando y hablando francés, parecía lógico que el siguiente paso fuera aprender inglés. Así que no, no quería irme, pero no había más remedio. Y menos mal.

Me vine a Bristol con un curso de inglés para tres meses y... (*spoiler alert!*)¹ ya han pasado casi cuatro años. La chica que me ayudó a reservar el curso a través de la agencia me recomendó Bristol porque ella había estudiado aquí y le había gustado mucho. Y como

.....

¹ Aviso de que se va a revelar una parte importante del argumento, por ejemplo de un libro o una película.

a mí, en ese estado de apatía en el que me encontraba, me daba un poco igual, me pareció una razón tan válida como cualquier otra. Y menos mal.

Un domingo 3 de febrero me despedí de mis padres, del sol (¡oh el sol!), y me subí a un avión con un nudo en el estómago. Rumbo al norte volábamos por encima de las nubes, entre las nubes, por lo que ya debía ser debajo de las nubes... porque digo yo que ya va siendo hora de aterrizar, ¿no? Pero no veo el suelo, solo una enorme nube gris que nos envuelve... Y de pronto las ruedas del avión se posaron en la pista de aterrizaje con un golpe amortiguado, como una premonición, pero yo sigo sin ver el suelo. He de decir que la destreza del piloto para aterrizar con semejante niebla es digna de admiración. Al salir todo era gris, el cielo era gris, el suelo era gris, la gente era gris, y yo era gris. Me dirigí a la parada del autobús donde traté de explicarle al conductor —también de color gris— dónde quería ir, pero mi voz se atascó en un amago mudo del que solo conseguí que salieran palabras ininteligibles que sonaban a francés, a las que él contestaba con gruñidos que supongo debían de ser en inglés.

Como por inspiración divina me bajé en la parada correcta y encontré sin mucha dificultad la residencia que había contratado con el curso, donde me recibió una chica para explicarme cómo funcionaba aquello. Por suerte ella era francesa, lo que fue un profundo alivio, ya que pude comunicarme con ella en un lenguaje más complejo que el de asentir y sonreír. Me indicó cuál era mi habitación y allí me quedé haciendo míos los ocho metros cuadrados que se convertirían en mi hogar durante los próximos tres meses. Al rato salí a conocer a las compañeras con las que iba a compartir aquel híbrido entre residencia-apartamento. Todas ellas eran adolescentes, una media de siete años más jóvenes que yo. Emitían grititos agudos cada vez que algo les emocionaba,

que era casi cualquier cosa. Todas con un inglés perfecto, o eso me pareció. Y por primera vez me sentí muy mayor. Después de un rato de sonreír y asentir sin enterarme de nada, volví a mi habitación esgrimiendo (o balbuceando torpemente) la excusa de que estaba muy cansada después del viaje, y desaparecí tras la puerta pensando para mis adentros aquello que decía Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*: «Realmente, mañana será otro día».

Los comienzos

Tuve más suerte que muchos, más que cualquiera. La gran mayoría de españoles que encuentras en el Reino Unido —que no son pocos— vinieron escapando de una situación estéril en busca de un trabajo, de lo que sea, con tal de que les permitiese (sobre)vivir. Yo me vine como una señorita, con mi casa puesta y mis planes hechos.

Al parecer ese invierno de 2013 fue más frío de lo normal. ¡Hasta nevó! Aunque para eso llegué una semana demasiado tarde. Vaya. En mi cabeza sonó alguna vez la imitada voz de Rambo, «¡Dios mío, esto es un invierno!»², mientras me daba crema en las manos para que no se me cortara la piel entre los nudillos.

Llegar recibiendo clases de inglés es un buen método para que la zambullida en un país diferente sea más amable. Tal como me prometí, realmente mañana sí que fue otro día.

Descubrí que Bristol era una ciudad joven y me lo pasaba bien. Aprendí que se puede salir en minifalda y sin abrigo en pleno invierno. Como poder se puede, aunque yo no sea capaz. Es una habilidad que admiro profundamente y que aún hoy me sigue sorprendiendo. Al parecer es una técnica desarrollada con la práctica

.....
² La frase original es la imitación de Santiago Urrialde: «¡Dios mío, esto es un infierno!»

de lo que se conoce como *beer jacket*³. Aprendí que el té ciertamente es algo cuasi sagrado, al que nunca debes echarle demasiada leche. Que la cantidad de veces que repites *thank you*, aunque no haya nada que agradecer, roza lo absurdo, pero jamás serán suficientes. Que no hay nada más grosero que no sujetar la puerta para que la persona que entra o sale detrás de ti, y la siguiente, y la otra, pasen sin tener que molestarse en abrir o cerrar. Todo con el consiguiente *thank you, of course*⁴. Aprendí que hay muchos, muchos, muchos tipos de cerveza y que no tiene por qué estar fría, aunque eso último me costó un poquito más aceptarlo. Y entre unas cosas y otras, rodeada de estas inocentes peculiaridades, la verdad es que allí estaba bien. El frío ya no importaba tanto y el cielo ya no estaba tan gris.

Sin embargo, en el contexto controlado que ofrecía la escuela uno no puede decir que la inmersión lingüística fuese total, ya que todos tus compañeros son extranjeros igual que tú, organizados en torno a un nivel similar al tuyo, y tus profesores hablan un inglés correcto y adaptado a tus necesidades. Y no podemos olvidar cuál fue el motivo por el que había venido: aprender inglés. Es por eso que, durante el tercer mes, la escuela me arregló unas prácticas (por llamarlo de alguna manera) en un café del barrio *hippie* de Bristol. Así que, en lugar de recibir clases, cada mañana me iba a dicho café y les ayudaba a organizar la agenda artística de conciertos y exposiciones, además de diseñar los pósteres para anunciar los eventos. Es ahí cuando la verdad de mi objetivo impuesto empezó a revelarse. Los clientes o Antonia, la dueña del negocio que estaba un poco loca, no concebían que alguien no entendiera todo lo que decían —algo que con el tiempo observé era una característica común en aquellos ingleses

.....
³ «chaqueta de cerveza», con el sentido de protegerse del frío bebiendo alcohol.

⁴ «gracias, por supuesto».

que nunca aprendieron otra lengua y estaban acostumbrados a ser atendidos y entendidos en su propio idioma allá donde fueran—. Visto lo visto, decidí que tres meses no eran suficientes para dar mi nivel de inglés como aceptable, y decidí quedarme más tiempo. Quizás ayudase el hecho de que el invierno ya se iba acabando y que pasar allí el verano, que prometía ser calentito (y no asfixiante como en Sevilla), no parecía una idea tan mala. Ahora sí, como la mayoría de los españolitos, buscando cualquier curro que me ayudase a mantenerme sin tener que recurrir a mis padres. Y menos mal.

*White Others*⁵

Fue este el momento en que mis pies aterrizaron en el mundo real. Había llegado la hora de abrir una cuenta en el banco, registrarse en el médico y pedir que te den un número en la seguridad social que te permita trabajar. A saber, el orden de los factores altera el producto y sin uno no puedes hacer el otro.

También fue este el momento de una gran revelación, la primera vez que me hicieron entender que era y sería siempre, en esencia, diferente al resto. La segunda vez fue el *brexit*. Al registrarme en el médico, completar una solicitud de trabajo, o pedir el número de la seguridad social, era requisito indispensable especificar mi raza. Entre las opciones disponibles tenía: *White British* o *White Others*⁶. Desde entonces sé que pertenezco al colectivo de «los otros blancos», una raza distinta a la británica. A mi cabeza se viene ese episodio de *Martes y Trece* en el que una señora y un presentador de televisión hablan del detergente Gabriel.

—¡Pero si es lo mismo! —dice uno.

—Pero no es igual —le responde la señora.

Al terminar el curso también se acabó el alojamiento que tenía contratado, así que fui a parar con

⁵ «Los otros blancos».

⁶ «Blanco británico o los otros blancos».

mis maletas al único lugar que pude encontrar en poco tiempo, una residencia que dudo fuera del todo legal. La llamaban «la casa patera». Sí, patera, en español de España. Porque ese era el origen del 99% de los residentes que vivíamos allí apiñados. En aquel lugar aprendí más acerca de los españoles en el Reino Unido que de la cultura que había venido a conocer, pero eso lo dejaremos para otro libro.

Resulta que aquel espacio compartía una sala común con unas oficinas de diseño gráfico. Un día me armé de valor y paré a uno de los trabajadores que pasaba por allí para averiguar si, por casualidad, estarían buscando a alguien para trabajar. Este fue uno de esos ejemplos en los que uno entiende por qué la buena educación inglesa se ha ganado una reputación mundial, puesto que estaba claro que aquel pobre chico se moría de ganas de ir al baño, pero escuchó pacientemente lo que yo le quería preguntar. Que tampoco era mucho, pero me aturrullé y tardé más de lo necesario.

No buscaban a nadie, pero en no mucho tiempo acabé conociéndoles y se puede decir que es en este preciso momento cuando mi vida en Bristol dio comienzo de verdad: ya tenía amigos de los de raza blanca británica.

*The lemon cheesecake*⁷

Llevaba tiempo buscando una casa, y lo cierto es que es una de las tareas más agotadoras que uno pueda imaginarse. En este país, donde llueve día sí y día también, tienen una tendencia inexplicable a usar madera y materiales que se pudren para hacer las casas. Eso, y que los estándares generales de limpieza no superan a un piso de estudiantes en época de exámenes. En esas estaba, visitando casas en las que la habitación a alquilar tenía una mancha de moho que te saludaba al

.....

⁷ «La tarta de queso y limón».

pasar, o donde no se habían molestado en fregar la pila de platos que ya empezaba a colonizar otras zonas de la cocina, o donde te enseñaban el frigorífico que al abrirlo despedía un aliento a cadáver de algo olvidado en el fondo.

Pero finalmente la encontré, una casa medio limpia con la fachada de color crema y las cortinas rojas, como un *lemon cheesecake*. Y lo más importante, todos mis compañeros eran ingleses. Se convirtieron en mi familia y lo siguen siendo hoy.

Al principio era imposible entender nada. Cuando íbamos al pub con sus amigos, todoloquedecíanse convertía en una frase muy larga. De vez en cuando estallaban en risas y bebían de sus cervezas, y yo sonreía y bebía también, mientras pensaba qué sería eso tan gracioso. En alguna ocasión una palabra se iluminaba y destacaba, como una epifanía dentro de esa inmensa frase. Cuando eso sucedía, rebuscaba en el contexto como si fuera un bolsillo para encontrar una pieza que encajara con esa palabra y así entender de qué iba la cosa. Una vez que por fin encontraba la pieza, formulaba algo que pudiera decir. Repasaba mentalmente mis conjunciones verbales, me inventaba una o dos palabras, pero ya tenía mi frase lista. Solo que todo este proceso había durado quince minutos y la conversación ya iba de otra cosa. Así que guardaba mi frase brillante y sin estrenar, y permanecía callada, sonriente, mirando a todo el mundo, o a través de ellos, y le daba otro sorbito a mi cerveza... Mmm, hay un chicle pegado en el techo, ¿cómo habrá llegado ahí?

Fueron pasando los días y las semanas. Mi *listening*⁸ iba mejorando, y mi *speaking*⁹ también. Para ir tirando, me dedicaba a repartir folletos, a limpiar, hacer de camarera, o lo que tocara. Hasta que encontré traba-

⁸ Capacidad de comprender.

⁹ Capacidad de hablar.

jo como teleoperadora en una compañía que gestiona acciones de bolsa. Sí, así, sin anestesia. No había mejor forma de aprender de una vez.

Fue horrible. Al principio. Todos los extranjeros (al menos los que he conocido) tenemos cierto respeto y reticencia a la hora de hablar por teléfono. Será la inseguridad que supone el no disponer del lenguaje no verbal: estás solo y desnudo ante una lengua extraña. Y aquello no iba a ser menos, con el consiguiente añadido de que las conversaciones con los clientes eran sobre acciones de bolsa. «*Excuse me, could you repeat this again, please?*»¹⁰, pregunto por tercera vez, mientras me cae un sudor frío por la frente. Lo peor no era no entenderles —que agobia bastante—, sino que ellos no me entendieran a mí. Y aquella mañana era la tercera vez que me pedían hablar con alguien al que pudieran comprender. Era un señor muy amable y educado, que me pidió disculpas y me aseguró que no quería ofenderme en absoluto, pero necesitaba saber cuántas acciones tenía y a mí no me entendía. A pesar de sus disculpas y amabilidad, en lo que en otras ocasiones solían ser voces frustradas, mi labio inferior había empezado a temblar y un calor húmedo se había apoderado de mis ojos. A duras penas conseguí hacer entender a mi jefa que, otra vez, alguien no se enteraba de lo que le decía.

A pesar de aquel episodio y algún otro, en no mucho tiempo se convirtió en coser y cantar. Te das cuenta de que, aunque haya algunos bordes que limar, la batalla ya está ganada cuando una mañana cualquiera te despiertas con la certeza de que has soñado en inglés. Cuando entiendes las conversaciones en el pub y, aun mejor, eres capaz de participar. Cuando te ofendes si alguien no te sujeta la puerta para que pases, o si algún compañero se hace un té y no ofrece uno al

.....

¹⁰ «¡Perdón! ¿Podría repetir esto otra vez, por favor?».

resto. Ya sabes que vas por el buen camino cuando estás hablando con tu amigo español y te sale una frase que parece que se ha caído al suelo, la has recogido y has ordenado los trozos de cualquier manera —«¿Hay algo más que pueda ayudarte con?»¹¹ Y se te queda esa cara de emoticono confundido, como el que intuye que algo no encaja, pero no sabes muy bien qué. Y entonces nace esa complicidad especial cuando tu amigo te dice que no te rayes, que te ha entendido.

O si no puedes explicar cómo has podido vivir hasta ahora sin meter un «*anyway*»¹² cada dos palabras. O si conjugar verbos ingleses como si fueran españoles, así sin querer, puede considerarse un deporte. Lo mejor es cuando vuelves a casa por Navidad y todos los años sin excepción te preguntan:

—Bueno, tú, el inglés... ya bien, ¿no?

—No, si el inglés bien. Lo que llevo mal es el español, que se me ha roto.

.....
¹¹ «*Is there anything else I can help you with?*».

¹² «de todas maneras».